Oriente cristiano

AÑO IX AGOSTO - SEPTIEMBRE 1959 NUMS. 8-9

revista mensual unionista

NUESTRA PORTADA

Juan XXIII ha recibido recientemente en audiencia privada a S. E. Mons. Pablo Meletiev, Obispo ruso (entró en la Iglesia católica en el año 1946), junto con el P. Teófilo Haracek, Rector del Pontificio Colegio Ruso de Roma. Es ésta una de las numerosas manifestaciones que el Papa ha realizado en los pocos meses de su pontificado en favor de la reunión de todos los cristianos.

De nuestro Catálogo

	PTAS.
Oriente Cristiano, ayer	30,00
Oriente Cristiano, hoy	30,00
San Ignacio de Loyola y los orientales. P. Ortiz de Urbina	22,00
Relaciones culturales hispano-rumanas. G. Uscatescu	20,00
La Iglesia autocéfala ucraniana	35,00
Por las rutas de Damasco. Paul Christoff	20,00
Liturgia Bizantina, nueva versión castellana, transcripción fonética del texto eslavo, por Segundo Benito, Pbro.	12,00
Semana Santa en rito bizantino. P. F. Aguirre	15,00
El Espíritu del cristianismo ruso. Jorge Tzebrikoff	40,00
Melodías orientales para veladas	4,00
Misa Oriental dialogada	3,00
Les ascetes russes	55,00
El Catolicismo en Rusia. Hilario Gómez	150,00
Historia eclesiástica de Rusia. Hilario Gómez	150,00
Series de proyecciones fijas sobre los distintos ritos:	
Misa etiópica, 48 imágenes	140
Misa armenia, 46 imágenes	135
Misa caldea, 63 imágenes	180
Misa malabar, 41 imágenes	120
Misa maronita, 56 imágenes	163
Misa melquita, 48 imágenes	140
Misa rusa, 61 imágenes	172
Misa siria, 58 imágenes	170
Misa malancar, 55 imágenes	160
Misa copta, 50 imágenes	145
Misa griega, 62 imágenes	175
Misa rutena, 50 imágenes	145
Vista de conjunto sobre las misas católicas orientales, 82 imágenes	280
Texto explicativo de cada rito ...	10

Representantes de «Oriente Cristiano» para Hispano-América

ARGENTINA: PP. Benedictinos, Abadía del Niño Dios. Victoria (Entre Ríos).
CUBA: D. Mérito González, Arcipreste. Parroquia S. Julián, Güines. La Habana.
ECUADOR: Prensa Católica. Apartado 194. Quito.
PERU: D. Jorge Rosenthal. Avda. Pedro de Osma, 405. Barranco (Lima).
PUERTO RICO: R. P. Fernando Delgado, Colegio de San Ignacio. Río Piedras.
URUGUAY: Misión China, Soriano, 1472. Montevideo.
VENEZUELA: Srta. Maruja Senís, Ed. Banco Obrero. Bloque 1. Aptdo. 4. El Paraíso (Caracas).

«RE-UNION»

Revista trimestral dedicada a temas ecumenistas
Publicada por el Centro de Estudios Orientales, con la colaboración de los Profesores del Instituto Oriental de Roma.

Director: Santiago Morillo, S. J.
Secretario: Segundo Benito, Pbro.
Redacción y Administración: Conde de Cartagena, 47 (Colonia del Retiro). Madrid. Tfno. 27-72-08.

		Ptas.
Precio de suscripción anual	España, Portugal e Hispano-América	30
	Para los demás países	40
Número suelto	España, Portugal e Hispano-América	8
	Para los demás países	10

«ORIENTE EUROPEO»

Revista trimestral dedicada a temas de actualidad cultural y social del Oriente Europeo
Publicada por el Centro de Estudios Orientales

Director: Santiago Morillo, S. J.
Redacción y Administración: Conde de Cartagena, 47 (Colonia del Retiro). Madrid. Tfno. 27-72-08.

		Ptas.
Precio de suscripción anual	España, Portugal e Hispano-América	60
	Para los demás países	70
Número suelto	España, Portugal e Hispano-América	15
	Para los demás países	20

Oriente Cristiano

Dir: SANTIAGO MORILLO, S. J. **Secretario: SEGUNDO BENITO, Pbro.**

REDACCION Y ADMINISTRACION: Conde de Cartagena, 47 (COLONIA DEL RETIRO) TELEFONO 27-72-08 MADRID

Suscripción ordinaria	**30 ptas.**	**Números atrasados**	**3,00 ptas.**
» **de Bienhechor**	**100 »**	**Por librero: plus 10 %**	
» **Perpetua**	**500 »**		

Depósito legal M. 6.029 - 1958 Gráficas Ares - Zurita, 26 - Madrid

Carta Encíclica "Ad Petri Cathedram" de Su Santidad Juan XXIII

Verdad, Unidad y Paz

En la fiesta de los sanots apóstoles Pedro y Pablo, S. S. Juan XXIII, ha dirigido al mundo católico su primera encíclica.

Por el especialisimo interés que tiene para nosotros la tercera parte del documento papal, publicamos en nuestra Revista el texto íntegro de dicha parte.

MOTIVOS DE ESPERANZA BASADOS EN LA ORACION DE JESUCRISTO

Y AHORA VENGAMOS a hablar de la Unidad que de modo especialísimo llevamos en el corazón y que tiene íntima relación con el oficio pastoral que Dios nos ha confiado; es decir, de la Unidad de la Iglesia.

Todos sabemos que nuestro divino Redentor fundó una sociedad que habrá de conservar toda su unidad hasta el fin de los siglos: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo»; y que para esto Jesucristo dirigió al Padre celestial fervorosísimas súplicas. Esta oración de Jesucristo que, sin duda, le fué aceptada y escuchada por su reverencia: «Para que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros», engendra en nosotros una esperanza dulcísima y nos da la seguridad de que, finalmente, todas las ovejas que no pertenecen a este redil sientan el deseo de volver a él; y así, conforme a las palabra del divino Redentor, «habrá un solo rebaño y un solo pastor».

Profundamente animados por esta suavísima esperanza, hemos anunciado públicamente nuestro propósito de convocar un Concilio Ecuménico, al que habrán de acudir de todo el orbe de la Tierra sagrados pastores para tratar de los graves problemas de la religión y, principalmente, para promover el incremento de la Iglesia Católica, una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano y para poner al día las leyes que rigen la disciplina eclesiástica según las necesidades de nuestros tiempos. Ciertamente, esto constituirá un maravilloso espectáculo de unidad, verdad y caridad, tal que al contemplarlo aún los que viven separados de esta Sede Apostólica sentirán —según confiamos— una suave invitación a buscar y lograr la unidad por la que Jesucristo dirigió al Padre celestial sus ardientes plegarias.

ASPIRACIONES A LA UNIDAD EN LAS DIVERSAS COMUNIDADES SEPARADAS

SABEMOS, por otra parte, con gran consuelo nuestro, que en estos últimos tiempos se ha venido creando en el seno de no pocas comunidades separadas de la Cátedra de San Pedro, cierto movimiento de simpatía hacia la fe y hacia las instituciones católicas y que, al estudio de la verdad que disipa los prejuicios, ha brotado una estima considerable hacia esta Sede Apostólica. Sabemos, además, que casi todos los que llevan el nombre de cristianos, a pesar de estar separados de Nos y desunidos entre sí, a fin de trabar entre sí la unión, han efectuado reuniones, y para ello organizado asambleas; todo lo cual está demostrando el vehemente deseo que les impele a realizar por lo menos alguna unidad.

UNIDAD QUE QUISO PARA LA IGLESIA SU DIVINO FUNDADOR

INDUDABLEMENTE, nuestro Divino Redentor fundó su Iglesia con el fundamento y la nota de una solidísima unidad, y si —por un absurdo— no la hubiera hecho así, habría fundado una cosa caduca y contraria a sí misma, por lo menos en el futuro; como los diversos sistemas filosóficos que, abandonados al arbitrio y opinión del hombre, con el correr de los tiempos nacen, se transforman y desaparecen uno tras otro. Esto se opone diametralmente al magisterio de Jesucristo, que «es el camino, la verdad y la vida»; no hay quien pueda ignorarlo.

Esta unidad, venerables hermanos y amados hijos, que —como hemos dicho— no debe ser algo vano, incierto o caedizo, sino sólido, estable y seguro, si a las otras comunidades cristianas les falta, a la Iglesia Católica no le falta, como fácilmente puede echarlo de ver quienquiera que con diligencia la examine. Tiene tres notas que la caracterizan y adornan: unidad de doctrina, de gobierno y de culto; es tal, que resulta visible a todos, de manera que todos la pueden reconocer y seguir; y es tal, además, que conforme a la voluntad de su divino Fundador, en ella todas las ovejas pueden reunirse en un solo rebaño bajo la guía de un solo pastor; y así, todos los hijos están llamados a venir a la única casa paterna, que descansa sobre el fundamento de Pedro, y en ella se ha de procurar reunir fraternalmente a todos los pueblos como en el único reino de Dios: reino cuyos súbditos, unidos en la tierra en la concordia del espíritu, puedan gozar un día de la eterna bienaventuranza en el cielo.

UNIDAD DE FE

LA IGLESIA CATOLICA manda creer fiel y firmemente cuanto ha sido revelado por Dios, a saber cuanto se contiene en la Sagrada Escritura y en la tradición oral y escrita y lo que, en el transcurso de los siglos, han promulgado y definido los Sumos Pontífices y los legítimos Concilios Ecuménicos. Siempre que

alguno se ha alejado de este sendero, la Iglesia, con su maternal autoridad no ha cesado de llamarlo repetidamente al recto camino. Pues sabe muy bien y sostiene que sólo hay una verdad y que no pueden admitirse «verdades» entre sí contrarias; haciendo suya y afirmando la palabra del Apóstol de las gentes: «Pues nada podemos contra la verdad, sino por la verdad.»

Hay, sin embargo, no pocos puntos en los que la Iglesia Católica deja que libremente disputen entre sí los teólogos, en cuanto se trata de cosas no del todo ciertas y en cuanto —como notaba el celebérrimo escritor inglés, el Cardenal Juan Enrique Newman— tales disputas no rompen la unidad de la Iglesia, sino más bien sirven para una mejor y más profunda inteligencia de los dogmas, ya que preparan y hacen más seguro el camino para este conocimiento, puesto que del choque de varias sentencias sales siempre nueva luz. Sin embargo, hay que retener el dicho que, expresado unas veces de un modo y otras de otro, se atribuye a diversos autores: en las cosas necesarias, unidad; en las dudosas, libertad; en todas, caridad.

UNIDAD DE REGIMEN

Y ADEMAS, como está a la vista de todo, hay en la Iglesia Católica unidad de régimen. Porque, así como los fieles cristianos están sujetos a los sacerdotes, y los sacerdotes a los Obispos, a quienes «el Espíritu Santo puso para regir la Iglesia de Dios», así también todos los sagrados Pastores y cada uno de ellos se hayan sometidos al Romano Pontífice, como a quien se le ha de reconocer por el sucesor de Pedro. A él, Cristo nuestro Señor lo constituyó piedra fundamental de su Iglesia y a él solo, peculiarmente, le concedió la potestad de atar y de desatar sin restricción, sobre la tierra, de confirmar a sus hermanos y de apacentar el rebaño todo.

UNIDAD DE CULTO

Y POR LO QUE TOCA a la unidad de culto, nadie ignora que la Iglesia Católica, ya desde sus primeros tiempos y a través de los siglos, siempre ha mantenido todos, y solos los siete sacramentos, recibidos de Jesucristo como herencia sagrada, y jamás ha dejado de administrarlos en todo el orbe católico para nutrir y acrecentar la vida sobrenatural de los fieles.

Igualmente, por todos es sabido que en ella se celebra un solo sacrificio, el eucarístico, en el cual Cristo mismo, salvación nuestra y nuestro Redentor, de una manera incruenta pero tan real como cuando pendía de la cruz en el Monte Calvario, cotidianamente es inmolado en favor de todos nosotros y nos comunica misericordiosamente los tesoros inmensos de su gracia. Por eso, con tanta razón San Cipriano hacía esta advertencia: «No puede, fuera del único altar y del único sacerdocio, establecerse un altar diverso o instituirse un nuevo sacerdocio.» Esto, sin embargo, como es notorio, no impide la diversidad de los ritos que existen y están aprobados dentro de la Iglesia Católica, mediante los cuales resplandece con mayor belleza, y, como hija del Supremo Rey, ostenta rica variedad de vestiduras.

Con el fin de que todos alcancen esa verdadera y concorde unidad, el sacerdote católico, al celebrar el sacrificio eucarístico, ofrece a Dios clementísimo la hostia inmaculada, suplicando en primer lugar «por tu Iglasia, santa católica: dígnate pacificarla, protegerla, unificarla y regirla en todo el orbe de la tierra, junto con tu siervo el Papa nuestro y con todos los que, fieles a la verdadera doctrina, guardan la fe católica y apostólica».

PATERNAL INVITACION A LA UNION

OJALA ESTE admirable espectáculo de unidad con que se destaca y resplandece la única Iglesia Católica, y esos anhelos y plegarias con que pide a Dios para todos esa misma unidad, conmuevan y alienten saludablemente vuestras almas; nos referimos a vosotros, que estáis separados de esta Sede Apostólica.

Permitid que os llamemos, con suave afecto, hermanos e hijos; permitidnos alimentar la esperanza que de vuestra vuelta acariciamos con paterno y amante corazón. Queremos hablaros con el mismo interés pastoral que Teófilo, Obispo alejandrino, cuando un infausto cisma había desgarrado la túnica inconsutil de la Iglesia, convocaba a sus hermanos e hijos con estas palabras: «Cada uno según su capacidad, ¡oh, dilectísimos, participantes de la celestial vocación!, imitemos a Jesús, cabeza y consumador de nuestra salvación. Abracemos esa humildad de corazón y esa caridad que elevan y unen con Dios y una sincera fe en los divinos misterios. Huid de la división, evitad la discordia..., estrechaos con mutua caridad; escuchad a Cristo, que dice: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis mutua caridad.»

Os rogamos prestéis atención a que, al llamaros amorosamente a la unidad de la Iglesia, no os invitamos a una casa ajena, sino a la propia vuestra, a la que es común casa paterna. Permitid por eso que os exhortemos con grande amor hacia todos «en las entrañas de Jesucristo», a que os acordéis de vuestros padres, «que os predicaron la palabra de Dios; y, considerando el fin de su vida terrena, imitad su fe». El preclaro ejército de santos bienaventurados que de cada uno de vuestros pueblos ya han subido al cielo, y principalmente aquellos que con sus escritos transmitieron y explanaron tan recta y copiosamente la doctrina de Jesucristo, parecen invitar a vuestros corazones con el ejemplo de su vida a la unidad con esta Sede Apostólica, con la cual vuestra comunidad cristiana también ha estado vinculada durante tantos siglos.

Por tanto, a todos los que están separados de Nos les dirigimos como a hermanos las palabras de San Agustín cuando decía: «Quieran o no, hermanos nuestros son. Sólo dejarían de ser nuestros hermanos si dejaran de decir: Padre nuestro.» «Amemos a Dios Nuestro Señor, amemos a su Iglesia; a El como a Padre, a ésta como a Madre; a El como a Señor, y a ésta como a su esclava; porque somos hijos de su esclava. Tal unión se forja con una grande caridad; nadie mientras ofende a uno puede merecer bien del otro. ¿De qué te sirve no tener ofendido al Padre si El venga a la madre ofendida?... Asíos, por tanto, carísimos; asíos unánimemente a Dios Padre y a la madre Iglesia.»

NECESIDAD DE ESPECIALES ORACIONES

NOS A CAUSA DE TODO eso dirigimos humildes súplicas a Dios benignísimo, dador de luces celestiales y de todos los bienes, para que sea amparada la unidad de la Iglesia y extendido el reino y rebaño de Cristo; y a todos los hermanos e hijos carísimos que en Cristo tenemos les exhortamos a que también las dirijan. Porque el feliz éxito del futuro Concilio Ecuménico, más que de humanos trabajos y de diligente habilidad, ciertamente depende de las oraciones hechas por todos con gran fervor, como en una piadosa competencia mutua. E invitamos con grande afecto a elevar tales peticiones hacia Dios también a aquellos que, aun sin ser de este rebaño, reverencian, sin embargo, y rinden culto a Dios y con buena voluntad procuran obedecer a sus preceptos.

Aumente y cumpla esta esperanza y estos votos nuestros la divina plegaria de Cristo: «Padre Santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno, como nosotros... Santifícales en la verdad: tu palabra es verdad... Pero no ruego por éstos solamente, sino también por quienes han de creer en mí debido a su palabra...; para que sean consumados en la unidad...»

DE LA UNION Y CONCORDIA DE LOS ESPIRITUS BROTAN LA PAZ Y LA ALEGRIA

TODO ESTO LO reiteramos Nos, junto con el orbe católico a Nos, unido, en suplicante oración. Y lo hacemos así no solamente movidos por encendida caridad hacia todos los pueblos, sino también estimulados por evangélica humildad de espíritu. Porque conocemos la pequeñez de nuestra persona, a quien Dios, no por méritos nuestros, sino por misterioso designio suyo, se ha dignado elevar a la cumbre del Sumo Pontificado. Por lo cual a todos los hermanos e hijos nuestros que están separados de esta cátedra de San Pedro les repetimos estas palabras: «Soy yo..., José, vuestro hermano.» Venid; «acogednos»; ninguna otra cosa deseamos, ninguna otra cosa queremos, ninguna más pedimos, sino vuestra salvación y vuestra eterna felicidad. Venid; de esta concorde y tan deseada unidad, que la caridad fraterna debe mantener y fomentar, nacerá una grande paz: aquella paz «que sobrepuja todo entendimiento», como que proviene de las mansiones celestiales; aquella paz que Cristo, por medio de los ángeles que cantaban volando sobre su cuna, anunció a los hombres de buena voluntad y que, apenas instituído el sacramento y sacrificio de la eucaristía, impartió con estas palabras: «La paz os dejo, mi paz o doy; no os la doy como la da el mundo.»

Paz y gozo. También el gozo, pues quienes pertenecen con realidad y eficacia al cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia católica, participan de esa vida que desde la divina Cabeza se difunde hasta cada miembro; y, por razón de ella, quienes obedecen fielmente a todos los preceptos y mandatos de nuestro Redentor también en esta vida mortal pueden gozar de aquella alegría que es auspicio y prenuncio de la celestial y sempiterna felicidad.

LA PAZ DEL ALMA DEBE SER OPEROSA

PERO ESTA PAZ, esta felicidad, mientras recorremos penosamente el camino de nuestro terreno destierro, es aún imperfecta. Porque es paz no completamente tranquila, no del todo serena; es paz laboriosa, no ociosa, ni inerte; es, sobre todo, paz militante contra todo error, aunque disimulado bajo falsa apariencia de verdad, contra los estímulos y halagos de los vicios y, en fin, contra toda clase de enemigos del alma que pueden debilitar, manchar o destruir nuestra inocencia y nuestra fe católica; y también contra los odios, las enemistades, las divisiones que pueden quebrantar o lacerar la misma fe. Por esta razón el divino Redentor nos ha dado y recomendado su paz.

La paz, pues, que hemos de buscar y que hemos de esforzarnos por alcanzar, es la paz que no cede a ningún error, que no desciende a compromisos de ninguna clase con los defensores de éste, que no se entrega a los vicios, que evita, en fin, toda discordia. Esta paz es tal, que exige a sus seguidores una disposición generosa para renunciar a sus propias comodidades y ventajas por la causa de la verdad y de la justicia según aquello: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia...»

¡La Santísima Virgen María, Reina de la paz, a cuyo Corazón Inmaculado nuestro predecesor Pío XII, de feliz memoria, consagró el género humano, nos alcance de Dios —se lo suplicamos con fervor— unidad concorde, paz verdadera, operosa y militante, no solamente a todos los hijos nuestros en Cristo, sino también a todos aquellos que, aunque separados de Nos, no pueden menos de amar la verdad, la unidad y la concordia!

Significado del Concilio Ecuménico [viene de la pág. 8]

riencia más probante, se demuestren tales que garanticen mejor la fecundidad sobrenatural del trabajo.

Una razón ecuménica, porque después del proceso de laceración de la unidad de la Iglesia, que dura ya un milenio, se estudien los caminos de la reconstrucción de la unidad, del modo y forma que se muestren más eficaces, especialmente en el tiempo presente o en el próximo futuro, en que las razones políticas, nacionalistas, raciales, psicológicas, que influyeron frecuentemente en las divisiones pierdan cada vez más su fuerza, su peso y dejen abierto, ante el problema, un espacio de caridad que haga más realizable el trabajo común para llegar a la unidad en la verdad.

Una razón apostólica, porque en el momento actual es necesario un nuevo y altísimo testimonio de verdad, de espiritualidad, de moralidad de un Concilio Ecuménico, capaz de determinar un nuevo curso en la vida espiritual y comunitaria del mundo cristiano.

Todos aquellos que anhelan la renovación y el mejoramiento del mundo actual tienen que sentir el deber y la necesidad, en estos meses o años de preparación, de elevar sus súplicas al Señor y ofrecer sus sufrimientos sobre el altar donde cada día se renueva el sacrificio del Cordero que quita los pecados del mundo y da a todos los que se acercan a El la verdad, la pureza y la paz.

La unidad en la Encícl

«Disponeos a recibir esta venerable carta enciclica... con simplicidad y con fe: en ella encontraréis la misma doctrina del primer Papa, inspirada en el mismo amor a la verdad, en la caridad mutua y en la paz. Leedla: Veritas, unitas et pax, *con calma, y dadla a leer.»*

Con estas palabras el Santo Padre Juan XXIII anunciaba en la basílica vaticana, el 28 de junio, la próxima publicación de la encíclica programadora de su pontificado y, en pocas pero esenciales palabras, resumía su contenido.

Algunos días después, la publicación de la encíclica llevaba a todos los Obispos, a todos los católicos y a tantos cristianos separados el pensamiento del Papa sobre las necesidades más actuales de la humanidad y señalaba la dirección apostólica que el Santo Padre quería dar a su pontificado.

Es una encíclica de profundo y vasto contenido, que ha sido meditada con calma para poder recoger totalmente todos los tesoros que en ella se contienen, tesoros de verdades dogmáticas, de verdades de moral natural y revelada, de sociología cristiana, todo ello bañado de caridad ardiente, de paternal comprensión hacia los alejados y los vecinos.

Y *AHORA vengamos a hablar de la Unidad que de modo especialísimo llevamos en el corazón y que tiene íntima relación con el oficio pastoral que Dios nos ha confiado; es decir, de la unidad de la Iglesia.»*

Así comienza el Santo Padre el tema, exponiendo después cuáles son los elementos esenciales sobre los que se funda esta unidad. Dirigiéndose a los protestantes, que desde hace tanto tiempo manifiestan deseos de unión, declara abiertamente que la unidad querida por Cristo no es algo vano, incierto o caedizo, sino sólido, estable, seguro, y se adorna con tres notas distintivas: unidad de doctrina, de régimen y de culto.

Por esto la unidad es visible y está en la Iglesia católica, a la que son llamados todos los hijos. *«Y en ella se ha de procurar reunir fraternalmente a todos los pueblos como en el único reino de Dios: reino cuyos súbditos, unidos en la tierra en la concordia del espíritu, puedan gozar un día de la eterna bienaventuranza en el cielo.»*

La Iglesia católica exige unidad de fe, porque manda creer solamente lo que Dios ha reveledo, y por esto sostiene que hay una sola verdad y que no pueden admitirse verdades entre sí contrarias.

En aquellos puntos, sin embargo, donde aún existe discusión entre los teólogos hay libertad de opinión, según la conocida sentencia: *«En las cosas necesarias, unidad; en las dudosas, libertad; en todas, caridad.»*

Además del solidísimo vínculo unitivo de la fe existe también la unidad de régimen, por el que los fieles están unidos a los sacerdotes, los sacerdotes a los Obispos y los Obispos al Romano Pontífice, que es la piedra y el fundamento de la Iglesia de Jesús.

Unidad de fe y de régimen en la Iglesia católica, que conserva en sí misma también la unidad de culto. Por ella, sobre todo a través de la celebración del sacrificio eucarístico, en el que Jesús mismo se inmola cada día de forma incruenta, pero real por nosotros todos, pide el sacerdocio católico a Cristo y al Padre la unidad verdadera y concorde de la Iglesia.

Y en este punto el Santo Padre, con el corazón rebosando amor, dirige un cálido llamamiento a todos los alejados de la Iglesia católica: *«Permitid que os llamemos, con suave afecto, hermanos e hijos; permitidnos alimentar la esperanza que de vuestra vuelta acariciamos con paterno y amante corazón. Queremos hablaros con el mismo interés pastoral que Teófilo, Obispo de-*

Una candela encendida

Juan XIII, durante su permanencia en Bulgaria, pronunció un discurso que hoy es recordado como síntesis de sus sentimientos por la Unidad. He aquí las palabras finales de este discurso: "Hermanos míos, a quienes bendigo, acordaos de mí, que, contra viento y marea, permanezco siempre como ferviente amigo de Bulgaria. Según una antigua tradición de la católica Irlanda, en la vigilia de Navidad, todas las casas ponen sobre el alfeizar de la ventana una candela encendida con el fin de indicar a San José a la Virgen María —que buscan refugio en la noche santa— que dentro, junto al fuego y a la mesa servida con la gracia de Dios, una familia los espera. Donde quiera que yo me encuentre, aunque sea en los confines del mundo, si un búlgaro expatriado pasase delante de mi casa, encontrará en mi ventana la candela encendida. Golpeará a mi puerta y le será abierta, ya sea católico u ortodoxo; como hijo de Bulgaria, podrá entrar y encontrar en mi casa la más cálida y afectuosa hospitalidad."

Juan XXIII abriga la esperanza de que, al reunir el Concilio Ecuménico, los hermanos de Oriente habrán de retornar a la Casa del Padre.

Ecos de la Encíclica en el mundo

Gran interés y unánime aplauso ha suscitado desde el primer momento en todo el mundo la Encíclica del Santo Padre.

"El Papa Juan XXIII —escribe el diario estadounidense "Evening Star"—, privado de divisiones militares, pero formidablemente armado con el poder de la verdad, ha dirigido un conmovedor llamamiento por la paz en el mundo."

En Francia, "La Croix" ha presentado así la Encíclica: "El primer documento dirigido por el Soberano Pontífice a los Obispos del mundo entero determina las directrices hacia las que el Papa quiere orientar la vida de la Iglesia y, por tanto, los esfuerzos de todos los fieles."

La Prensa inglesa más calificada da amplio relieve a las palabras del Santo Padre. Con el título "Llamamiento del Papa a los hombres de Estado", el "Times" escribe: "En la primera Encíclica de su Pontificado, el Papa hace un llamamiento a los estadistas de todo el mundo, invitándoles a ponderar la espantosa destrucción y la ruina que una nueva guerra traería inevitablemente consigo, y se dirige a ellos para que hagan lo posible para lograr la unidad de las naciones."

a del Papa Juan XXIII

jandrino, cuando un infausto cisma había desgarrado la túnica inconsútil de la Iglesia, convocaba a sus hermanos e hijos con estas palabras...: «Abracemos esa humildad de corazón y esa caridad que elevan y unen con Dios y una sincera fe en los divinos misterios. Huid de la división, evitad la discordia... Estrechaos con mutua caridad; escuchad a Cristo, que dice: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis mutua caridad.» Os rogamos prestéis atención a que, al llamaros amorosamente a la unidad de la Iglesia, no os invitamos a una casa ajena, sino a la propia vuestra, a la que es común casa paterna.»

CON ESTAS IDEAS, que acabamos de referir, el Santo Padre coloca los fundamentos para la reunión de las comunidades cristianas separadas de Roma: retornar a la pura doctrina evangélica, a la revelación de Jesús, que exige para su Iglesia una sola fe, un solo régimen y un solo culto. Y retornar al mismo tiempo a la plenitud de vida evangélica, a la caridad mutuamente vivida, a la caridad que lo cubre todo, que es longánima y benigna.

Por este motivo adquieren especial relieve las palabras que el Papa dirige a sus hijos católicos, por los que renueva la oración sacerdotal de Cristo: *«Padre Santo, guarda en tu nombre a éstos que me has dado, para que sean uno, como nosotros...»*

La responsabilidad y la alegría de pertenecer a la única Iglesia de Cristo no nos dispensa de estrechar cada día más la unidad mutua entre los miembros. Unidad que se funda en una sola fe, un solo régimen y un solo culto, pero que encuentra su cumplimiento en el amor recíproco entre los miembros, en la donación total de sí mismo de unos a otros, actuando entre sí el vínculo de la perfección: la caridad.

De esta unidad en la Iglesia surge en las almas la paz y la alegría; la paz de Jesús —una paz que el mundo no sabe dar— y la alegría, porque aquellos que pertenecen real y eficazmente al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia católica, se hacen partícipes de la vida que de la divina cabeza, Jesús se transmite a cada uno de los miembros.

Paz y alegría, que derivan de la unidad en el Cuerpo Místico y de la caridad mutua, y que es necesario defender siempre, ya que estamos en la tierra y el camino es fatigoso y el error busca la manera de insinuarse y los seductores buscan la manera de hacerse calle, para debilitar y manchar la inocencia y la fe. Paz y alegría, viva y pujante, que han de comunicarse a los que están cercanos a nosotros, que ya comparten con nosotros la certeza de la verdad. Paz y alegría que tienen que llegar a los alejados, sobre todo a aquellos que, estando separados, sienten la necesidad de amar la verdad y la unión fraterna.

El mensaje del Sumo Pontífice es un mensaje de bondad; el mensaje de un Padre que se hace todo a todos para poder llevar todos a Cristo. Y si en ciertos puntos el Papa expresa claramente una doctrina, que es una escueta advertencia y no se encuentra de acuerdo con aquellos que están alejados de la revelación, también hace esto con tanta delicadeza hacia los alejados, que tal doctrina se manifiesta por esto mismo digna de creerse.

Es además un mensaje que incita a un retorno decidido a la vida cristiana, seria, sólida, que se base sobre las virtudes que la tradición nos ha señalado como esenciales, sin acomodarse al espíritu y a la mentalidad del «mundo», este «mundo» que ahora tiene en sus manos los más potentes medios de difusión, que en lugar de ser una incitación al bien, *«sirven de incentivo a veces a las malas costumbres, al engaño del error y a la vida viciosa.»*

La diligencia y la preocupación con que hoy se busca el progreso de la ciencia y de la técnica, deben usarse con el mismo empeño, o aún mayor, para adquirir aquella sabiduría que no es de este mundo y que sola y más que cualquier descubrimiento lleva a las almas la serenidad y la paz.

S. B.

¿Hacia el retorno?

El volumen sobre la Eucaristía, del pastor calvinista Max Thurian, publicado recientemente, aunque, como ha declarado el propio autor, "si no compromete teológicamente a la comunidad de Taizé", de la que forma parte, aparece sin duda particularmente interesante por las conclusiones a que llega, muy cercano a la enseñanza católica.

Afirma: "La Eucaristía no es un simple recuerdo o un reclamo del amor de Dios, sino el memorial del Señor, la representación del Sacrificio único y perfecto de Cristo, en acción de gracias y en intercesión, la proclamación de la muerte del Señor, hasta tanto que El vuelva." Y sobre la presencia de Cristo escribe: "Nuestro estudio nos conduce naturalmente a afirmar la presencia real de Cristo en el misterio de la Eucaristía." Por lo que respecta a la unidad, como también a la distinción del sacrificio de la cruz y del sacrificio eucarístico, su pensamiento coincide con el del Concilio de Trento; y, en conjunto, todo el trabajo de investigación revela sobre los puntos fundamentales una coincidencia apreciable con el dogma católico.

●

Los cristianos no católicos serán bien acogidos en el Concilio Ecuménico

Su Santidad el Papa, al dirigirse el 30 de agosto a 2.000 peregrinos reunidos en Castelgandolfo, afirmó que los cristianos no católicos serán bien acogidos si desean asistir al próximo Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica.

El Pontífice habló brevemente a los peregrinos concentrados en el patio de su residencia de verano, y refiriéndose a la separación de las Iglesias, Su Santidad dijo que dicha separación ocurrió como un incidente en el decurso de la historia, y que tales incidentes ocurren en todas las familias.

CHRISTMAS ORIENTALES
Coloreados por D. Miguel Ourvantzof
PRECIO: 7 PESETAS
Pídalos a **Obra del Oriente Cristiano**
Conde de Cartagena, 47
(Colonia Retiro)
MADRID

Significado de un Concilio Ecuménico

En el curso de las conferencias promovidas por el Movimiento "Pro Sanctitate", y celebradas en el Aula Magna del Instituto Universitario María Assunta, de Roma, el Rvdo. P. Spiazzi, O. P., ha hablado sobre el significado de un Concilio Ecuménico. Damos un resumen de la conferencia.

UN Concilio Ecuménico es una gran Asamblea de la Iglesia docente, reunida o simplemente representada en su totalidad; por esto es «ecuménico», o sea, expresivo de todo el *ecumene* de la catolidad, y no sólo *provincial* o *regional.*

Naturalmente, no es un parlamento en el sentido moderno de la palabra, porque no reúne a los representantes del pueblo, elegidos por el pueblo, para expresar opiniones y la voluntad del pueblo mismo.

Ello no quita que *toda* la Iglesia, incluso aquella parte que se suele llamar Iglesia discente, esté presente en el Concilio Ecuménico. Está presente en él, ante todo, con la oración, con la adhesión cordial y sobrenatural del alma, con la simpatía vivificada por el «sensus Ecclesiae», que es el íntimo consentimiento provocado y producido por aquel espíritu que, así como rige la Iglesia docente, así habla y opera en el corazón de los fieles, llevándoles con maravillosa convergencia a la verdad enseñada por los pastores.

Está presente también allí con los teólogos y con otros expertos —no excluídos de suyo los laicos—, los cuales, aun sin constituir el cuerpo docente y deliberante aportan, sin embargo, la contribución de sus deseos, de sus consejos, que en sesión consultiva y científica pueden tener gran importancia y ser determinantes en los trabajos del Concilio bajo el aspecto del procedimiento y la causalidad humana. Está presente finalmente, en los Padres del Concilio, que no son como «reyes travicellos» llovidos del cielo, sino elegidos entre los demás fieles, pertenecientes a su pueblo y a su tiempo y están en contacto continuo con los demás miembros de la Iglesia, cuyos deseos, tendencias y esperanzas conocen, sienten, interpretan, confrontándolos con la certeza del depósito sagrada de la fe y de la moral que dejó a la Iglesia su divino Fundador.

PERO en el Concilio Ecuménico el elemento de autoridad es aquel mismo que por institución divina está en vigor en la Iglesia; o sea, el cuerpo episcopal que tiene su cabeza en el Obispo de Roma, Sumo Pontífice y Pastor Universal. Las funciones y los poderes que el cuerpo episcopal desarrolla normalmente en la Iglesia, tienen en el Concilio Ecuménico una especial manifestación, podríamos decir también, un mayor relieve. Los miembros del cuerpo episcopal, esparcidos por toda la tierra, se reúnen en el Concilio, discuten, juzgan, deciden, enseñan juntos, de acuerdo con el Obispo de Roma, cabeza de todos los obispos y de la Iglesia Universal. Su voz coral, su magisterio colectivo da lugar a una expresión plenaria de la autoridad de la Iglesia, que no tiene igual, aunque bajo el aspecto de la autoridad dogmática y disciplinar no añada nada —si no es precisamente esta grandiosa e importante manifestación de unidad y de universalidad—, a las determinaciones del cabeza del cuerpo episcopal, el Papa, que, sin embargo, participa su autoridad a todos los miembros del cuerpo, con ellos enseña y legisla, y con ellos constituye este único cuerpo de que él es cabeza, como Pedro lo era del Colegio apostólico.

A mi humilde juicio, el nuevo Concilio Ecuménico encuentra justificación y descubre su importancia por diversas razones que me parece oportuno enumerar así:

Una razón teológica, porque todo el trabajo realizado desde el Concilio Vaticano —y también desde el Concilio de Trento— en el campo del pensamiento cristiano, vendría resumido y expresado en sus elementos esenciales, particularmente en lo que respecta a la realidad de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, visible y socialmente organizado, y su posición frente a las degeneraciones de los sistemas modernos, particularmente del materialismo, del laicismo y del historicismo, cuya sombra de verdad es, sin embargo, preciso recoger e incorporarla en la síntesis cristiana.

Una razón pastoral, porque en la nueva situación del mundo, radicalmente cambiado en los últimos decenios, se imponen adaptaciones y actualizaciones al día en todos los campos en donde la Iglesia debe desarrollar su misión, sin que por eso se mermen las normas fundamentales que derivan de Jesucristo y de los Apóstoles, y por tanto puede ser necesaria, a la luz de estas normas, una revisión general de iniciativas, organizaciones, experiencias, fermentadoras en la época de transformación y de crisis que hemos atravesado, con el consiguiente discernimiento de lo que es válido, permanente y fecundo, de aquello otro que puede haberse demostrado ser inútil, superfluo, superado, de modo que la acción pastoral se concentre sobre aquellos puntos y se enderece hacia aquellas líneas que a la luz de las normas evangélicas y apostólicas, y en confrontación con la expe-

(Continúa en la pág. 5)

Un alma ganada a la Unidad por la influencia de la Eucaristía

EL MONJE PANTELEIMON

EL MONJE Panteleimon es el primer apóstol, el primer mártir de la Eucaristía se podría decir, en el Oriente separado, donde el «pan de vida» despliega todas sus maravillosas virtudes.

Panteleimon nace en el pequeño pueblo búlgaro de Soudjada, situado entonces en plena Turquía. Era en 1793, y ninguna de las provincias turcas de la península balcánica habían conquistado su independencia. Siendo todos otomanos de nacionalidad, los búlgaros de antaño eran considerados griegos de religión, y el yugo del patriarcado griego del Fanar no era menos pesado que el de los turcos. Panteleimon fué educado como griego, y toda su vida guarda de ello un recuerdo imborrable. Como pájaro saltarín se coloca en casa de un droguero de Andrianópolis, donde aprende a leer sobre los cubilites de papel y más tarde sobre un viejo evangelio. Tenía el espíritu abierto y curioso, el alma cándida y el corazón simple.

Estaba meditando una vez la conmovedora parábola del hijo pródigo, cuando se desató la peste en Andrianópolis. El miedo a la muerte se apoderó de él.

Se salva de Andrianópolis, marchando al azar, sin otra preocupación que la de encontrar un rincón donde no morir. Una anciana le había dicho que en el monte Athos había ermitas inmortales, y allá corre y se pone al servicio de un anciano solitario llamado Damasceno.

Este anciano, de humor bastante displicente, le ejercitó ampliamente en la paciencia y le enseñó además a recitar los Oficios de la Iglesia y a leer la Escritura de los Padres. Panteleimon meditaba todo el día lo que había leído, y trenzando esteras o cavando la viña, llegó a guardar la presencia de Dios en su corazón como una lámpara misteriosa que no se extingue jamás, parecida a la lamparilla de nuestro santuario. La oración interior era su continua ocupación, como el balancín infantigable de un reloj, según su propia expresión.

El era así y, cosa curiosa, su alma no se había despertado a la Eucaristía. No porque estuviese privado de ella, ya que los cristianos orientales la reciben casi siempre después de su bautismo, sino porque nadie le había jamás explicado este misterio de amor. Para ciertos ignorantes de la Eucaristía, ¿no sería posible repetir el duro dicho oriental: «El buey delante de una rosa»?

* * *

SIN embargo, la gracia divina le condujo a la Eucaristía. Estas palabras de San Juan le habían conmovido: «Si alguno come de este pan, no morirá.» Ahora bien, su antiguo miedo a la muerte le duró siempre.

—¿Es esto verdadero? —pregunta a su maestro.

—Ciertamente —respondió el anciano Damasceno—, porque está en el Evangelio.

Y le explicó la doctrina de la Iglesia sobre la Eucaristía.

Jamás un corazón humano había sentido una alegría más viva y más pura que la de Panteleimon ante este descubrimiento. Había encontrado la verdadera fuente de Juvencio.

Desde entonces las cuatro comuniones anuales prescritas por los athonitas no le bastaron. Pide con más frecuencia el alimento divino, se le rechaza con indignación y los hieromonjes le demuestran que era un herético y un impío. Pero su apetito sobrenatural le había aguzado el espíritu y les reduce en seguida al silencio, comprendiendo mejor el evangelio que aquellos tibios.

—El sacerdote ocupa en el altar el puesto de Jesucristo —dice él—, y se debe conformar al Maestro, que ha dicho: «Haced esto en memoria mía.» Ahora bien, ¿qué ha hecho Jesucristo, sino distribuir la Eucaristía a sus discípulos? No era ciertamente por sí mismo por lo que él celebraba, sino por ellos. ¿No dijo en otra parte: «Tomad y comed... y bebed todos?»

Se expulsa del monasterio a este malhadado innovador.

Panteleimon intenta apagar su hambre espiritual robando por sorpresa las comuniones en los numerosos monasterios de Athos, donde no se le conocía, pero fué delatado a la larga y expulsado de la «Santa Montaña», que no podía soportar la iniquidad de la comunión frecuente.

El pobre monje se dedica a vagabundear por el continente o por las islas del archipiélago jónico, comunicando por todas partes fuego a las almas, procurándose la comunión con mil industrias, reuniendo discípulos sin querer y edificando monasterios, de donde los griegos le arrojan bien pronto. Pasa la mayor parte de su vida en los sanedrines y en las sinagogas del Patriarcado por defender sus comuniones o en los calabozos eclesiásticos para espiarlas.

—Es preciso mantenerse en el justo medio —le decía un día el arzobispo de Salónica—. ¿De qué te sirven tantas comuniones, sino para procurarte persecuciones y gastar tu vida? ¿Qué utilidad encuentras tú?

—Obispo santo —le respondió el monje—, yo soy una criatura muy desgraciada y el diablo está siempre dispuesto a tentarme de orgullo y de malicia. Cuando no he comulgado estoy dispuesto a tratarte de simoníaco, de usurero y de voluptuoso, pero desde el momento que recibo la Santa Comunión, encuentro, por el contrario, que eres un santo prelado y la humildad me es más fácil.

Esta respuesta convenció al Obispo, que, entre paréntesis, tenía necesidad de indulgencia, y ordenó el higumen del monasterio permitir comulgar a su prisionero tanto como quisiese.

El Obispo de Marone mitigó el escándalo que estas comuniones frecuentes causaban entre los demás religiosos de Athos.

—¿Por qué se escandalizan? —dijo Pateleimon, acusando su pereza y su tibieza, y no el celo de los que quieren vivir más cerca de Dios—. Yo no encuentro nada bueno, Padre Santo, que se repruebe a los animosos a causa de los cobardes. No sabremos cambiar nuestra manera de obrar; nos hacen falta nuestras comuniones: son la esperanza de salvación y la fuerza de nuestras almas.

Sin embargo, el Obispo insiste, le amenaza con la violencia; el anciano solloza.

—Yo te pido, te suplico, que no nos separes de nuestro dulce Jesús. Solamente en la comunión poseemos la fuerza de contener nuestras pasiones y de renunciar a la vanidad del mundo. «Para reanimar nuestros corazones sólo tenemos la comunión.» Te pido, Obispo Santo, no extingas la centella de amor de Dios en el corazón de tantos malvados, que han renunciado a todo, para entregarse enteramente a Dios; no hay más que una preocupación sobre la tierra, la de gustar de El y no ser jamás separado de El.

El prelado no se atrevió a ir más lejos aquel día.

* * *

LA isla de Thassos, donde Panteleimon, ya viejo, había establecido uno de los más numerosos y fervorosos monasterios, se convierte en centro de frecuente peregrinación para los cristianos de Tracia y de Macedonia.

Acuden peregrinos, separados cinco a seis jornadas de camino. Los enfermos fueron curados y el monje conquista el sobrenombre de taumaturgo. Dedica su jornada a predicar y a dar particularmente consejo a los pecadores, y le sucede con frecuencia estar varios días sin tomar alimento alguno. Esta vida tan angelical, unida a la fuerza verdaderamente extraordinaria de su palabra, le envuelve con tal aureola que el clero griego poco amigo de la santidad se conmueve de nuevo y debe huir para evitar un nuevo encarcelamiento.

En esta última huída encuentra a los neocatólicos búlgaros del célebre movimiento de conversión de 1860.

Panteleimon no sabe de la verdadera Iglesia más que lo que los griegos, sus correligionarios, le dicen. Puede desengañarse en las conversacio-

(Continúa en la pág. 12)

Semanas misioneras en España

EN el mes de agosto se han celebrado en España dos reuniones para sacerdotes y religiosas, que han tenido por marco las ciudades de Burgos y Berriz.

Estas asambleas de misiones no son nuevas en España porque ya cuentan con larga tradición. En Burgos se reunían por duodécima vez los sacerdotes, religiosos y seminaristas, y en Berriz era la séptima ocasión en que religiosas de toda España y del extranjero también se congregaban para estudiar los problemas que las misiones plantean a los evangelizadores.

Este año el tema de estudio de las conferencias e informes no podía ser otro que el de la reunión de los cristianos, el problema de la unidad de la Iglesia que la reciente encíclica «Ad Petri Cathedram» de Juan XXIII y la convocatoria del próximo Concilio, han puesto sobre los demás preocupaciones de la Iglesia.

La Semana de Burgos.

Ha sido presidida por el Nuncio de Su Santidad, quien en su discurso de apertura señaló los fines de la misma con estas palabras: «El objetivo de la Semana no ha sido otro que ambientar entre nosotros los caminos unionistas del Concilio, formar bien nuestra conciencia sacerdotal sobre los problemas y sagrados deberes que nos plantea la unidad de la Iglesia.»

De la importancia y eco que tiene esta reunión anual en España nos da datos elocuentes el número y la personalidad de los asistentes. Han acudido a la cita misional quince prelados y unos 470 sacerdotes, religiosos y seminaristas

Las lecciones estuvieron a cargo de competentes profesores, especializados en estas materias. Bajo el epígrafe de «teología de la unidad y panorámica de la desunión», podemos agrupar una parte de aquéllas. Así, Monseñor Mansilla presentó en su discurso una síntesis histórica de la separación y de los esfuerzos de Roma por cancelarla. «Unidad y catolicidad en sus relaciones con el Cuerpo Místico» fué el tema que expuso el Padre Sauras, O. P. En contestar a esta interrogante «¿Cuál será la postura de la Iglesia en lo doctrinal, litúrgico y psicológico en el momento de la unión?», dedicó su conferencia el P. Domínguez, O. M. I. ¿Qué nos acerca y qué nos separa de las Iglesias orientales? fué expuesto por el misionero Alagiaglan, S. J. El P. A. Javierre, S. S., brindó un estudio completo de las corrientes modernas eclesiológicas sobre la unidad entre los protestantes. Sobre las barreras psicológicas que obstaculizan el camino de la unión de los protestantes americanos con la Iglesia católica informó el P. Damboriena, S. J. Y acerca de la actitud del protestantismo alemán sobre la unión con Roma informó asimismo el Padre Javierre, S. S. Finalmente, el P. Balic, O. F. M., desarrolló el tema «¿La dogmática y devoción mariana serán puente o piedra de escándalo para la unión?», clausurando con broche de oro la Semana el Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández-Cuesta con una elocuentísima exposición acerca de la historia «magistra vitae» que nos ha aleccionado sobre los bienes derivados de la unidad de la Iglesia y de los desastres que la desunión nos ofrece.

«Pastoral y ascética de la unidad» agrupa las ponencias e informes presentados en las sesiones vespertinas. Intervienen en éstas: Mons. Mansilla, con el tema «Pastoral de la unidad y de la unión en la vida parroquial; el P. Alagiagian, S. J., con «Parroquia y cura de almas en la U. R. S. S.» y «Sacerdotes y fieles durante la persecución en la U. R. S. S.»; Fray Justo Pérez de Urbel, O. S. B., con «La vida litúrgica y la Ecclesia una»; él Padre Arrabatiel, sacramentino, con «La eucaristía, símbolo y factor de la unidad eclesiástica»; el P. Morillo, S. J., con «Vida cristiana de los ortodoxos fuera de la U. R. S. S.; el P. Prieto, del IEME, con «Nuestra conciencia de la unidad y oración por la unión»; Padre Damboriena, S. J., con «Vida parroquial entre los protestantes», y finalmente el P. A. Crook, C. M. F., sobre «Cómo piensan y cómo actúan los anglicanos de hoy».

Exclusivamente para seminaristas se celebró simultáneamente un cursillo orientalista organizado y dirigido por el P. Santiago Morillo, S. J., y en él intervino el P. Ortiz de Urbina, S. J.

También tuvieron éxito extraordinario de público los llamados «Coloquios para el público», que se celebraron en Burgos al margen pero simultáneamente de la Semana Misional, y en los que tomaron parte las personalidades más arriba indicadas con lecciones magistrales.

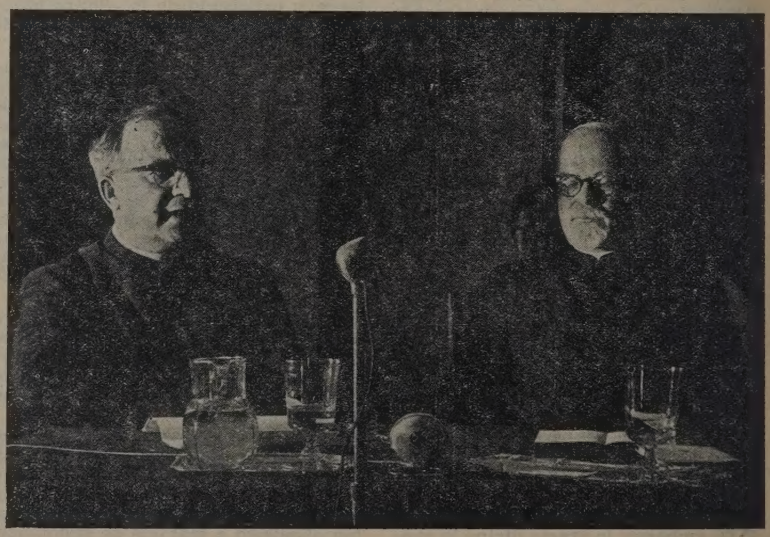
La Séptima Semana de Berriz.

Tuvo lugar del 16 al 20 de agosto en el antiguo monasterio de la Vera-Cruz, hoy casa-madre de las Mercedarias Misioneras de Berriz. Las asistentes representaban a 26 institutos misioneros, entre las que había religiosas de nacionalidad india, china, japonesa, americana, alemana, rumana, belga y antiguas misioneras de Asia, Africa y Oceanía.

El tema elegido fué el anhelo unionista demostrado por Juan XXIII, que quedaba acentuado con las meditaciones matutinas y con las vigilias bíblico-litúrgicas —a cargo del P. Ortiz de Urbina, S. J.—, que envolvían a todas las cursillistas en una atmósfera de unidad. La misa de rito oriental celebrada por el P. Morillo era un medio más de acercamiento psicológico a los pueblos cristianos de Oriente.

Monseñor Gúrpide presidió la Semana ,que inauguró con una lección sobre el camino seguido por Roma en

(Continúa en la pág. 12)



Los Padres Ortiz de Urbina y Morillo, S. J., en el interesantísimo coloquio de la Semana Misional de Bérriz.

X Reunión Nacional de Directores Diocesanos de Misiones

En Madrid, y durante los días 8 al 11 de septiembre, ha tenido lugar la anual Reunión de Directores diocesanos de Misiones. El tema central de la mismo ha sido «La unidad cristiana», que han desarrollado diversos sacerdotes y religiosos.

El padre Cirarda habló sobre la hora de la unidad, y ecumenismo católico; el padre Morillo, S. J., acerca de la unidiversidad de la Iglesia en el pensamiento teológico y en la estructuración misional; el padre Olegario sobre la unidad cristiana y las Misiones. Finalmente, Mons. Sagarminaga disertó acerca del espíritu de unidad en las OO. MM. PP.

Semana de Estudios para clérigos teólogos sobre problemas de Rusia

Se ha celebrado en Seriate (Villa Ambiveri, Italia), donde tiene su sede el Centro de Estudios de la Rusia Cristiana, durante los días 6 al 13 de agosto, una Semana de Estudios para Clérigos Teeólogos. La reunión ha sido un sereno cambio de ideas sobre la necesidad y la urgencia de conocer el Cristianismo en sus formas orientales, particularmente eslava, según los deseos de los Sumos Pontífices.

El programa ha sido particularmente elocuente e interesante:

Día 6: Función de apertura: «Moleben al Espíritu Santo».—Prolución. Filosofía latente en Rusia (s. XI-XVIII).—Fundamento doctrinal de la moral comunista. La Iglesia de Moscú y el movimiento ecuménico.

Día 7: Comienzos de la civilización rusa.—Teorías de los modernos teólogos rusos sobre el Papado.—El criterio de moralidad comunista.—Los eslavófilos (Komiakof, Kirievski).

Día 8: El medioevo ruso.—La Iglesia Cristoconforme.—Estudio de eclesiología católico-oriental.—El contenido de la moral comunista.—Los occidentalistas (Caadayef, Herzen, Bakunin).

Día 9: Solemne Pontifical de Su Eminencia Mons. Katkoff, Obispo de Nauplia, en Bérgamo. — Lección de S. E. Mont. Katkoff: Aspectos del apostolado ruso.

Día 10: Iván el Terrible.—Oficio de la Vigilia (Vísperas, Maitines y Laudes).—Desarrollo de la lucha antirreligiosa en 1959.—Decadencia y reacción espiritualista (Solovief).

Día 11: El cisma de los viejos creyentes.—La vida religiosa del pueblo en la U. R .S. S.—Nuevas directrices de la escuela soviética.—Solovief y «La Rusia y la Iglesia Universal».

Día 12: Pedro el Grande y Catalina II.—La Asunción en los textos litúrgicos bizantinos.—El método de la propaganda comunista.—La escuela de Solovief.

Día 13: Relación final.

* * *

PONENTES: S. E. Mons. Andrés Katkoff, Obispo Tit. de Nauplia; Monseñor Enrique Galbiati, docente de la Facultad Teológica de Venegono, Director de los Cursos; don Adolfo Asnaghi, docente de Teología en el Colegio de Cantú; P. Stefano Virgulin, Saint Basil's Seminary (U. S. A.); padre Pedro Modesto, docente de la Universidad Católica del Sagrado Corazón; P. Román Scalfi, director del «Centro Studi di Milano».

Correspondencia

DE BOGOTA AL PADRE SANTIAGO MORILLO, S. J.
(6-VIII-59)

POR circunstancias enteramente ajenas a mi voluntad no pude informar a S. R. oportunamente, o sea a mi regreso de Europa, sobre mi excursión orientalista, iniciada en el C. E. O. R., donde S. R. me suministró los datos, las indicaciones y las amables credenciales que fueron factor decisivo del éxito de nuestra peregrinación.

Impertinente sería enumerarle cada una de las experiencias que tuvimos, pero debo destacar la asistencia al Octavario de la Epifanía con misas pontificales en todos los ritos orientales, el paseo a Grotta Ferrata, las divinas liturgias dominicales en las iglesias rusa y griega de Roma, las visitas a los seminarios ukraniano y etiope —en los propios jardines frecuentados por S. S. Pío XII— y la benévola acogida dispensada por el Padre Gordillo —que a usted le consta—, quien tuvo la bondad de conseguirme una entrevista con su eminentísima beatitud el Cardenal Agagianian.

Dos veces fuí recibido por el ilustre "Papabile" y me obsequió, con dedicatoria autógrafa, la obra escrita por él cuando era Rector del Pontificio Colegio Armenio sobre el beato Gomidas. A propósito, ojalá S. R. o alguno de sus colaboradores publicaran en ORIENTE CRISTIANO o en "Re-Unión" una reseña biográfica de este mártir armenio, parecido al Cura de Ars —por haber sido párroco modelo—, padre y esposo ejemplar al estilo de Ozanán y firme en su fe como Tomás Moro.

Aquí, en Colombia, ha disminuído un poco la indiferencia orientalista. No podía ser otra la reacción de una nación tan católica como ésta ante el próximo Concilio. Se ha empezado a editar un boletín ecumenista que pedí enviaran al C.E.O.R., lo mismo que la revista "Arco", donde apareció un artículo muy interesante sobre la unión de las iglesias. Tengo mucho interés en que tales documentos figuren en la biblioteca del Centro en representación de mi país.

JAIME M. RECAMAN

Muere Su Eminencia Monseñor Alejandro Evreinoff

EL 20 de agosto ha fallecido en Roma, confortado con los auxilios espirituales y la particular bendición del Santo Padre, S. E. Mons. Evreinoff, Arzobispo titular de Pario y Ordenante para el rito bizantino en la Ciudad Eterna.

Con el reciente fallecimiento de Monseñor Alejandro Evreinoff, Arzobispo titular de Pario, ha desaparecido una de las figuras eclesiásticas más características y populares de la Ciudad del Vaticano. Ordenante para el rito bizantino en Roma, Mons. Evreinoff era al mismo tiempo el jefe de la Oficina de Lectura de Prensa Extranjera de la Secretaría de Estado. Sin embargo, la labor más conocida de este Prelado oriental, ruso de nacimiento, se enmarca en la ingente acción caritativa realizada por la Santa Sede durante la última guerra.

En efecto, Mons. Evreinoff dirigió esa oficina de informaciones de la Secretaría de Estado, instituída por Pío XII, que facilitaba noticias de prisioneros y desaparecidos a los familiares de uno y otro bando. Los datos que recogía esta oficina proporcionaron consuelo y calmaron angustiosas incertidumbres a muchos padres, esposas y hermanos que habían dejado de tener contacto con sus familiares. Las dotes organizadoras de Monseñor Evreinoff, puestas al servicio de tan humanitaria causa, encontraron en su preparación diplomática, en su innata simpatía y en sus conocimientos lingüísticos, pues sabía a la perfección siete idiomas (ruso, francés, italiano, inglés, alemán, rumano y griego), eficaces resortes para el pleno éxito de su labor.

Monseñor Evreinoff ha muerto a los ochenta y dos años. En su juventud, antes de convertirse al catolicismo y abrazar el ministerio sacerdotal, fué diplomático de la Rusia zarista como secretario de las Embajadas imperiales rusas en Constantinopla y Roma. Después de su conversión y de frecuentar la Universidad Gregoriana, fué ordenado sacerdote en 1913, pasando a prestar servicio a la Secretaría de Estado. Durante muchos años, Monseñor Evreinoff trabajó también en la Nunciatura Apostólica de París, actividad que simultaneó con el rectorado de la Iglesia rusa en la capital francesa.

El nombre y el recuerdo de Monseñor Evreinoff va unido a numerosísimas ordenaciones sacerdotales realizadas en Roma en las diversas ramas del rito bizantino. Extraordinariamente culto y enormemente modesto, este anciano Prelado, de baja estatura y recortada barba, deja tras de sí, sobre todo, el recuerdo de su profunda piedad, de su incansable celo y de su ejemplar devoción al Romano Pontífice y a la Santa Sede.

S. E. Mons. Pablo Gurpide, Obispo de Bilbao, acompañado por el P. Morillo S. J., y por el Capellán del Monasterio de la Vera-Cruz, de Bérriz, durante la Semana Misional para Religiosas.

Un alma ganada a la Unidad...

(Viene de la pág. 9)

nes que tuvo en Andrianópolis con Monseñor Rafael Popoff y su gran vicario, el P. Víctor Galabert, asuncionista.

El culto de la Eucaristía de la Iglesia católica le encanta extraordinariamente. Después de haber ganado, por así decir, toda su vida el pan de su alma con el sudor de su frente y haberlo pagado a menudo con sangre y lágrimas, se encuentra finalmente con una abundancia inesperada. Era la tierra prometida después del desierto a la que Dios mismo le conduce.

Se hace católico y con él cerca de cuatrocientos religiosos y religiosas abrazaron la fe.

Panteleimon pasa al catolicismo en 1863. Más tarde establece los monasterios de Soudjak y de Mostratli: el primero para religiosas, el segundo para religiosos. Dista uno del otro dos horas y casi seis de Andrianópolis.

Recibe la ordenación sacerdotal tres años antes de morir por orden de Su Santidad Pio IX. Su muerte tiene lugar el 25 de febrero de 1868, en Andrianópolis, donde el Obispo católico le asiste.

Fueron centenares los discípulos a los que empujó con solicitud a la comunión frecuente, pero su alma era más bien la de un heremita que la de un abad de monasterio o de un fundador. Entre los santos que brillan en el cielo de la Iglesia fué más bien una cometa pasajera que uno de esos brillantes planetas que continúan su curso regular a través de los siglos, siempre rodeados de su cortejo de satélites.

PABLO CRISTOFF

Semanas Misioneras en España

(Viene de la pág. 10)

las misiones con disidentes y protestantes, y el P. Lopetegui habló sobre la posición de Roma en el mundo cristiano primitivo, como centro de unidad religiosa. La unidad como exigencia del cristianismo fué estudiada por el P. Dominguez, O. M. I., mientras que el P. Lázaro de Aspurz, O. M. C., hacía la historia de los cismas orientales, y los PP. Ortiz de Urbina y Morillo, S. J., presentaban en un interesantísimo coloquio los lados pesimista y optimista de la situación actual.

El factor histórico protestante fué presentado por el P. Villoslada, S. J., subrayando don Angel Sagarminaga las consecuencias de la falta de unidad, y dejando al P. Damboriena, S. J., la presentación de los elementos protestantes actuales frente al catolicismo en la primera de sus lecciones, y del ecumenismo, en la segunda.

El abad del Valle de los Caídos, Padre Pérez de Urbel, O. S. B., estudió la liturgia en pro de la unidad; el Padre Nebreda, S. J., lo que supone el protestantismo japonés, y don Jesús Irigoyen, la acción religiosa femenina entre los orientales.

Las lecciones de la tarde, llamadas de experiencia, a cargo de diversas religiosas, a veces misioneras de los territorios en cuestión, presentaban generalmente la actuación de las sectas protestantes en los mismos, subrayando el elemento positivo para la unión.

CALENDARIO MISIONAL

Hoja diaria — Formato cuartilla Grabado misional y lectura misional diarias

25 PESETAS

Pedidos a OBRA DEL ORIENTE CRISTIANO

Conde Cartagena, 47 (Colonia del Retiro)

MADRID

CULTO PERMANENTE EN RITO ORIENTAL CATOLICO, EN ESPAÑA

RITO BIZANTINO-ESLAVO O GRIEGO:

Todos los domingos, a las 11 de la mañana en San Bernardo, 72 (Iglesia de las Salesas) Madrid
Todos los domingos, a las 10 y ½ de la mañana, en Donoso Cortés, 63 (Colegio Santiago Apóstol) Madrid

RITO BIZANTINO-MELQUITA:

Todos los domingos, a las once, en la Iglesia de las Angustias, Bilbao

RITO BIZANTINO-RUMANO:

Todos los dominugos, a las 11 y ½, en la Iglesia de Santa Engracia (Salesas) Madrid